

Analizar la política cultural: ¿incorregiblemente plural o incompatible ontológicamente?*

Clive Gray

UNIVERSITY OF WARWICK

C.J.Gray@warwick.ac.uk

Recibido: 07/06/2016

Aceptado: 03/11/2016

RESUMEN

Los enfoques del estudio de la política cultural suelen vincularse a disciplinas concretas, lo que puede llevar a un fracaso en el intento de apreciar las diferencias reales entre estas disciplinas según lo que investigan y cómo se realizan dichas investigaciones. Las diferencias en los niveles ontológico, epistemológico y metodológico entre varias disciplinas implican que no sea posible adoptar sin más lo que cada disciplina dice sobre la política cultural en sentido estricto. Sin una mayor comprensión, desde el punto de vista teórico y metodológico, de las herramientas que tienen a su alcance para el análisis de la política cultural, es poco probable que se genere un enfoque analítico más sofisticado. En este artículo, se discuten las consecuencias de este hecho para el análisis de la política cultural y los futuros desarrollos analíticos en el área.

Palabras clave: análisis, teoría, metodología, política cultural.

ABSTRACT. *Analysing cultural policy: incorrigibly plural or ontologically incompatible?*

Approaches to the study of cultural policy are currently tied to particular disciplines. This can lead to a failure to appreciate the real differences between these disciplines in terms of what they are investigating, and how they go about these investigations. The differences that exist at ontological, epistemological and methodological levels between differing disciplines mean that it is not possible to simply adopt what each discipline is saying about cultural policy at face value. Without greater theoretical and methodological understanding of the tools that are available for the analysis of cultural policy, it is unlikely that a more sophisticated approach to analysis will be generated. The consequences of this for both the analysis of cultural policy and future directions of analysis in the field are discussed.

Keywords: analysis, theory, methodology, cultural policy.

Autor para correspondencia / Corresponding author: Clive Gray. Centre for Cultural Policy Studies. Millburn House, The University of Warwick, Coventry, CV4 7HS, United Kingdom.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Gray, C. (2016). Analizar la política cultural: incorregiblemente plural o incompatible ontológicamente?. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (2). 17-32.

SUMARIO

Introducción

Comparación de enfoques

Definir "cultura"

¿Qué es la "política cultural"?

Metodologías de análisis

Comentarios finales

Agradecimientos

Referencias bibliográficas

* Publicado originalmente en: Gray, C. (2010) *Analysing cultural policy: incorrigibly plural or ontologically incompatible?*, *International Journal of Cultural Policy*, 16 (2), 215-230. Reimpreso con el permiso del editor Taylor & Francis Ltd, www.tandfonline.com. Artículo traducido por María Josep Cuenca

*World is crazier and more of it than we think,
Incorrigibly plural. I peel and portion
A tangerine and spit the pips and feel
The drunkenness of things being various.*

El mundo está más loco y más aún de lo que pensamos,
Incorregiblemente plural. Pelo y troceo
Una mandarina y escupo los huesos y siento
La embriaguez de las cosas que son diversas.
(MacNeice 1964: 26)

INTRODUCCIÓN

La *cri de coeur* de Bennett (2004) respecto a las incompatibilidades que hay entre diversos enfoques disciplinares, teóricos y metodológicos relacionados con la comprensión y el análisis de la política cultural identificaba una tensión que no está sujeta a una simple resolución o a una definición por decreto. Se puede comprobar que esta tensión es real en el cada vez mayor número de publicaciones que tratan de la política cultural, de las que muchas parecen funcionar en un grupo de silos analíticos cerrados herméticamente y marcados por un grado de incompreensión mutua, es decir, que no prestan ningún tipo de atención al resto. La falta de entendimiento que se pone de manifiesto deriva principalmente de una mala comprensión de las diferencias entre metodologías de análisis empleadas dentro de diferentes disciplinas y entre disciplinas; una incapacidad de relacionarse con una bibliografía más amplia procedente de otras disciplinas, y la existencia de imágenes estereotípicas relativas a diferentes teorías, disciplinas, ontologías, epistemologías que, en el mejor de los casos, son equívocas y, en el peor de los casos, son simplemente erróneas.¹

1. Por ejemplo, Lewis y Miller (2003: 2, 4) critican los enfoques que no comparten sus intereses porque los consideran "directamente elitistas". Si bien esto puede darles puntos para situarse políticamente junto a los ángeles (radicales), no significa que los otros enfoques sean "elitistas" sin más, como se dice. Igualmente, la mención que hace Hesmondhalgh (2002: 19) a los "bienes públicos" malinterpreta la noción económica de la indivisibilidad entendiéndolos como de múltiple uso. Se pueden encontrar intereses parecidos en otros casos; una investigación más detallada de este punto sería de gran valor informativo para entender las consecuencias que tiene para los análisis adoptados.

La idea que parece subyacer a muchos de estos fracasos es que no hay una única manera "verdadera" de entender qué es la política cultural y cómo se tiene que analizar. En consecuencia, los enfoques que no se ajustan se convierten en herejías académicas, los autores de estos trabajos tienen que ser expulsados a la oscuridad exterior y sus trabajos son ignorados por seguridad, porque simplemente están equivocados. Esta arrogancia cargada de superioridad sólo tiene sentido si uno lleva antojeras que evitan que el análisis adopte una concepción más abierta a enfoques alternativos, o incluso plural. Partir de una posición abierta como esta deja espacio para investigar los puntos fuertes y débiles realmente identificables en enfoques divergentes de la investigación sobre las políticas culturales. Bennett (2004) ha identificado claramente algunas de las áreas en que los métodos de análisis positivistas e interpretativos se preguntan diferentes cuestiones los unos a los otros, lo que les permite identificar puntos de interés diferenciados respecto a los que interesan en la política cultural, y, a la vez, les permite identificar en otros análisis puntos débiles que limitan su oportunidad para responder las cuestiones que surgen de enfoques alternativos.²

Una propuesta modesta para tratar algunos de estos problemas en el ámbito de las políticas culturales podría

2. El enfoque que adoptamos en este artículo es interpretativo en el sentido de que se entiende como un punto de partida para una discusión futura dentro del ámbito de la política cultural (un esbozo en algunas cuestiones clave), más que un intento de ofrecer una respuesta definitiva a estas cuestiones.

incluir una identificación del abanico de enfoques que se tiende a adoptar respecto al análisis de la política cultural en sí misma. Con esta base, los puntos fuertes y las limitaciones teóricas y metodológicas de los diferentes enfoques se pueden desarrollar de manera más clara y analítica, lo que debería poder corregir algunos de los malentendidos más flagrantes existentes en cuanto al análisis. Como mínimo, se podría desarrollar una mayor conciencia de las bases ontológicas, epistemológicas y metodológicas subyacentes a diferentes enfoques y se podría identificar su potencial no sólo para facilitar los puntos fuertes, débiles y las posibilidades de la investigación actual, sino también el desarrollo de nuevos caminos futuros de investigación (Hay 2002, caps. 1-3; Moses y Knutsen 2007).

Comparaciones previas de los enfoques sobre la sociología de las organizaciones (Burrell y Morgan, 1979) y las políticas de estado (Alford y Friedland, 1985; Dunleavy y O'Leary, 1987) han demostrado los beneficios de este tipo de revisión a la hora de clarificar las fortalezas y limitaciones potenciales de varios puntos de partida teóricos para la investigación de sus objetos de estudio. Ampliándola a varias bases disciplinares empleadas en el análisis de las políticas culturales en el pasado, resulta posible un ejercicio de desbrozamiento similar.

Una mayor conciencia de las bases disciplinares sobre las que se construyen varios enfoques analíticos también contribuirá a limitar las bifurcaciones que Bennett (2004) identificaba dentro del área y a la vez permitirá destacar aquellas áreas en que el análisis puede ir más allá simplemente mirando las cosas desde una perspectiva diferente. Dado que existen diferencias importantes tanto entre disciplinas académicas como dentro de cada una, el analista no puede adoptar sin más las aportaciones de un enfoque (o un conjunto de enfoques) y aplicarlas a un objeto ontológico, epistemológico y metodológico diferente. Al contrario, es muy probable que haga falta un enfoque más riguroso y analíticamente consciente antes de poder sacar conclusiones efectivas del abanico de enfoques potenciales existentes.

COMPARACIÓN DE ENFOQUES

La investigación que hemos propuesto se puede hacer de varias maneras. Las comparaciones de Alford y Friedland (1985) y de Dunleavy y O'Leary (1987), por ejemplo, investigaban la aplicación de diferentes teorías a su objeto de estudio. Moses y Knutsen (2007) y Burrell y Morgan (1979), por su parte, tomaban como base de comparación diferentes metodologías usadas para investigar fenómenos sociales. Sabatier (2007) combina los dos enfoques ofreciendo una comparación de metodologías y también de teorías y modelos sobre el proceso político.

Aun así, en todos los casos se destaca un conjunto de cuestiones diferente de las que tratamos aquí. El intento de captar visiones y enfoques dominantes en disciplinas académicas concretas inevitablemente tropieza con la enorme variedad de cada disciplina. En el caso de los estudios culturales, por ejemplo, cualquier intento de desarrollar un panorama completo coherente del tema exigiría ignorar las diferencias sustanciales entre los enfoques basados en Foucault, Habermas o Gramsci y sus versiones británica y americana. Cualquier intento de generalización dejaría de hacer justicia a algunos ejemplos de investigación en disciplinas concretas, pero no hacer el esfuerzo de intentarlo simplemente dejaría el análisis de las políticas culturales en el limbo desde el punto de vista comparativo, con poca esperanza de aprender algo de lo que pueden ofrecer las diversas disciplinas.

Excepto en el supuesto de que los analistas trabajen desde una perspectiva puramente inductiva –si ello fuera posible–, su trabajo siempre tendría el apoyo en un abanico de presupuestos teóricos que estructurarían las preguntas que se responderán, cómo se responderán y la forma del análisis que haría falta para responderlas.³ Si bien el trabajo interdisciplinar puede ofrecer una alternativa real al trabajo realizado exclusivamente dentro de las restricciones de un único

3. Se puede debatir el grado real en que la inducción escapa a una base teórica subyacente y todavía queda por demostrar de manera convincente si los "hechos" simplemente hablan por sí mismos.

enfoque analítico cualquiera, hay que asegurarse de que existe compatibilidad efectiva entre las características estructurales que muestran las disciplinas implicadas. Por lo tanto, los intentos de usar una forma neopluralista de análisis procedente de la ciencia política en el contexto de una perspectiva de la selección racional procedente de la economía causarían un grave mal a los dos enfoques y no sería capaz de producir nada más que un enredo teórico y analítico. Las teorías subyacentes son más que un puro bufé libre del que el analista puede elegir lo que le plazca, y tampoco son meras cajas de herramientas analíticas de donde el investigador puede coger una pieza o un aparato cualquiera a voluntad en un momento dado.⁴

Teniendo en cuenta estas importantes restricciones, el enfoque que adoptamos en este artículo exige cierta explicación para demostrar por qué se han identificado como relevantes para la discusión algunas cuestiones concretas. Se pueden identificar tres áreas de interés como base para investigar la manera como enfocan algunas disciplinas concretas elementos clave del análisis de las políticas culturales:

- Cómo intenta definir cada disciplina y enfoque concreto el concepto de “cultura”, esencialmente controvertido (Gallie, 1955-56; Gray 2009);
- Cómo entienden la idea de “política cultural”;
- Las metodologías predominantes empleadas en el análisis de la política cultural.

Estas áreas muestran que existen diferencias reales de comprensión entre disciplinas diferentes y que los intentos de imponer preferencias entre ellas probablemente reducen el potencial de una investigación informativa. Dada la tendencia a una suerte de absolutismo académico en algunas investigaciones (con afirmaciones taxativas sobre lo que es y tiene que ser la política cultural y la investigación sobre este ámbito),⁵ la aceptación y

el reconocimiento más amplio abre posibilidades al desarrollo de múltiples formas de análisis de múltiples temas de investigación.

Visto que la “cultura” es un concepto esencialmente controvertido –en Gray (2009) discutimos las consecuencias políticas directas de esto– y que puede recibir múltiples definiciones sin que exista un mecanismo que permita determinar su adecuación o precisión, la forma como se define esta palabra central en el tema de análisis asume una importancia que puede no ser tan evidente en el caso de otras áreas de la política como la defensa, la fiscalidad o la industria, que pueden ser definidas e identificadas de manera relativamente no ambigua. En consecuencia, también habrá que examinar cómo identifican las diferentes disciplinas el tema de las “políticas culturales”. La “política cultural” se puede identificar desde las perspectivas de la sociología, los estudios culturales, la ciencia política, la planificación urbanística y la economía, en la medida que incluye el desarrollo cultural de las comunidades, la diversidad cultural, la sostenibilidad cultural, del patrimonio cultural y las industrias culturales y de creación (Craik, 2007), la cultura de estilo de vida y la ecocultura (Craik, 2005), la planificación para la ciudad intercultural (Bloomfield y Bianchini, 2004), la planificación cultural en sí misma (Evans, 2001), el apoyo a las lenguas nacionales (Grayand y Hugoson, 2004), “aspectos actualmente controvertidos en una sociedad más amplia” (McGuigan, 2006: 203), las “guerras culturales” en los Estados Unidos (Singh, 2003, sobre todo los caps. 1 y 2), “la producción de ciudadanos culturales” (Lewis y Miller, 2003), y también puede tener que ver con “la representación, el significado y la interpretación” (Scullion y Garcia, 2005: 116) y ser una “función política transhistórica” (Ahearne, 2008: 2). Teniendo eso en cuenta, resulta evidente que, a pesar de las muchas aportaciones sobre la política cultural, no existe un modelo claramente definido y consensuado sobre en qué consiste. Esto es importante puesto que la definición del objeto de estudio tiene efectos claros en cómo se debe estudiar: las herramientas para analizar y comprender cualquier versión de la política cultural tienen que ser adecuadas a la tarea que se pretende hacer (Gray, 1996). El grado

4. Excepto, evidentemente, si el analista quiere intentar sacar un clavo con papel de lija.

5. Ver Lewis y Miller (2003), Scullion y Garcia (2005) y McGuigan (2006), como ejemplos de esta tendencia a blindar el análisis.

en que estas diferencias entre disciplinas derivan de diferentes maneras de entender lo que conciben como el contenido de la “política cultural” nuevamente apunta a la necesidad de una investigación sobre el significado que se le da a esta etiqueta.

La tercera cuestión que hay que examinar, relativa a las metodologías usadas para el análisis en las diversas disciplinas, tiene que ver con la cuestión de cuánto conocimiento se extrae sobre el tema que se investiga. En ese sentido, se puede hacer una distinción simple entre metodologías positivistas, interpretativas y realistas,⁶ distinción que nos servirá de base en la presente discusión. Inevitablemente, las diferentes disciplinas incluyen ejemplos de análisis basados en algunas de estas metodologías –si no en todas–, pero en términos generales puede parecer que la mayor parte de la bibliografía económica sobre la política cultural es de naturaleza positivista, la mayor parte de la procedente de los estudios culturales es interpretativa, mientras que la sociológica o la procedente de la ciencia política parecen ser, en efecto, más realistas en cuanto a su alcance. Discutiremos la validez de esta afirmación más adelante, en un estadio final del artículo, así como las consecuencias de estas elecciones metodológicas para lo que se puede investigar de manera satisfactoria en el marco de cada disciplina. Estas secuencias son importantes en la medida que implican que, incluso si existen análisis separados que se centran en el mismo tema, la manera como será investigado hará que no haya ninguna base simple a partir de la cual comparar los resultados.⁷

Los resultados, las limitaciones y las líneas de la investigación futura que identifica cada disciplina se ven afectados por las elecciones metodológicas que

hacen los analistas en cuestión. Es evidente que –dada la enorme variedad de resultados, metodologías y áreas de análisis que se pueden encontrar en las disciplinas implicadas– ningún enfoque disciplinar adoptado para el análisis tiene todas las respuestas al abanico completo de preguntas que se puede hacer: cada disciplina funciona en espacios de análisis independientes que hacen poco uso de las posibilidades que están al alcance de otras disciplinas. Este problema va mucho más allá de las cuestiones de puras diferencias metodológicas y al fin y al cabo afecta a aspectos de ontología y epistemología. En ese sentido, es poco probable que un analista pueda simplemente hacer una elección de los aspectos interesantes que disciplinas diversas pueden ofrecerse entre sí y aplicarlos de manera no ambigua a su trabajo. En primer lugar, los analistas tienen que desarrollar un panorama más claro de las posibilidades para la investigación que se incluyen en marcos de análisis específicos y esto solo se puede llevar a cabo entendiendo lo que ofrecen realmente las diferentes disciplinas. Una revisión de la bibliografía sobre la política cultural demuestra que se trata, como mínimo, de una tarea multidisciplinar. Todas las disciplinas que mencionamos a continuación han utilizado maneras propias para analizar las dimensiones de la política cultural en el pasado y existen probablemente otras que el autor simplemente no ha encontrado todavía: la estética, la antropología, los estudios culturales, la economía, la geografía, los estudios del patrimonio, la historia, los estudios literarios, los estudios de museística, la musicología, la filosofía, la planificación, la ciencia política, la sociología y los estudios urbanos. En un intento de limitar la discusión a una extensión apropiada, este artículo se centrará sólo en cuatro: los estudios culturales, la economía, la ciencia política y la sociología.

6. Las metodologías ideográficas y nomotéticas también se pueden sumar a estas, pero por cuestiones de espacio tenemos que restringir el alcance de estudio de este trabajo.

7. Resulta difícil hacer una comparación de McGuigan y Gilmore (2002) y Gray (2003) sobre la Cúpula del Milenio de Londres porque hablan de cosas diferentes: los primeros, sobre el contenido y el significado de la Cúpula y el segundo, sobre cómo gestionó el gobierno laborista el desastre que acabó siendo la Cúpula.

DEFINIR “CULTURA”

Si la “cultura” es un ejemplo de un concepto esencialmente controvertido, podemos suponer que la bibliografía incluirá múltiples definiciones de la palabra. También podemos esperar que no haya un método no ambiguo –y ciertamente no existe ninguno

empírico— que permita determinar la adecuación o no de estas definiciones (Gallie, 1955-56). En ese sentido, no hay razón particular alguna para hacer una mera lista de definiciones diferentes empleadas en diferentes disciplinas; resulta potencialmente más útil demostrar cómo estas definiciones afectan lo que se considera digno de estudio en estas disciplinas cuando se trata de aspectos “culturales”.

La multiplicidad de definiciones que se han propuesto en cada una de las disciplinas que examinamos ciertamente contribuye a la idea de que la “cultura” es esencialmente controvertida: ninguna de las disciplinas en cuestión tiene una única definición a que hagan referencia todos sus investigadores. A pesar de todo, dentro de las disciplinas existen ciertas tendencias a dar más importancia a unas definiciones que a otras. Por lo tanto, a pesar de reconocer que hay variantes en cada disciplina, discutiremos aquí la base común que parece existir.

En el caso de los estudios culturales, a primera vista parece haber dos denominadores comunes y no sólo uno: el primero parte de Williams (1961: 41-71) y el segundo, procedente de varios estructuralistas y postestructuralistas, tiene que ver con prácticas significativas semióticamente. En la práctica, las dos acaban integrándose tanto que es difícil formular una distinción significativa entre ellas. Una mirada rápida a los manuales sobre estudios culturales muestra una preferencia por la formulación de Williams como base para entender la “cultura”, cuando menos en los niveles de iniciación (Storey, 1998: 2; Milner y Browitt, 2002: 2-5; Lewis y Miller, 2003: 2-3). En esta formulación, la “cultura” adopta formas diferenciadas: la “cultura” como una forma del ideal platónico en términos de valores, la “cultura” como experiencia grabada y la “cultura” como “una manera de vivir” (a menudo, si bien cada vez de manera más equívoca, entendida como una visión antropológica, dado que la antropología de la cultura se ha separado de esta concepción: véase Williams, 1961: 41-71; Wright, 1998; y también Williams, 1981: 10-14, que simplemente diferencia las nociones “materialista” y “idealista” de la cultura, y Baetens, 2005). En los estudios culturales se

pueden encontrar aquí y allá visiones alternativas en la línea de la variante semiótica: por ejemplo, McGuigan (1996: 1) entiende la cultura como relacionada con “la producción y la circulación de significados simbólicos” —este es un buen ejemplo de lo que son las visiones antropológicas de la “cultura” (cf. Wright, 1998), a pesar de que no deriva directamente de la antropología—. Estas definiciones ofrecen entre sí una mezcla incómoda de lo que, de acuerdo con Williams (1981), podemos denominar como concepciones idealista y materialista de la cultura.⁸ Se pueden ver las consecuencias de todo ello más claramente según las metodologías usadas en los estudios culturales, como se discutirá más adelante.

En términos de ciencia política, tiende a definirse la “cultura” de manera concreta, y no en los términos generales usados en los estudios culturales. Una distinción simple sería la que existe entre la “cultura” como término abreviado para referirse a los contextos sociales en los que tiene lugar la política (como, por ejemplo, Huntington, 1996, que habla de “civilización”); la “cultura” como subconjunto de contextos sociales que incluyen las valoraciones, el conocimiento y los sentimientos respecto a la actividad y las instituciones políticas, volviendo a la idea de “cultura” cívica del trabajo de Almond y Verba (1963), del cual se pueden encontrar versiones más recientes, y muy diferentes, en Crothers y Lockhart (2000), y en Lane y Ersson (2002); y, finalmente, como conjuntos de comportamientos formales e informales basados en reglas (la idea de una “cultura administrativa”; por ejemplo, Knill, 1998; Gray, 2002: 6-9).

Estas definiciones son bastante diferentes de las que se encuentran en los estudios culturales: el solapamiento más cercano entre ellas se situaría entre la definición de “modo de vida” en la última y la versión del “contexto social” en la ciencia política, e incluso en esto hay diferencias considerables entre las dos,

8. La diferencia es aún más destacada cuando se hace referencia a las versiones americanas de los estudios culturales, en las que la distinción entre materialista e idealista es, quizás, todavía mayor que, por ejemplo, en las variantes británicas y australianas.

puesto que la última tiene más que ver sobre todo con la interacción concreta entre las dimensiones social y política de la vida social que con los conjuntos más generales de intereses de los que parecen ocuparse primordialmente los estudios culturales. En la ciencia política, las definiciones dominantes reciben una gran influencia de la corriente conductista en el estudio de la política y ello afecta al tipo de metodologías que se consideran adecuadas para su estudio. Este punto también se discutirá más adelante.

En el caso de los estudios sociológicos de la “cultura” parece haber una división entre la “sociología de la cultura” y la “sociología cultural”, división denominativa que refleja diferencias en el nivel metodológico, entre otras cosas, pero que implica diferentes nociones de lo que es “el hecho cultural”. Una de sus versiones tiene que ver con la “cultura” como conjunto de significados, símbolos y estructuras (Alexander 2006) e implica una forma concreta de análisis sociológico (o más bien semiótico). En una segunda versión la “cultura” consiste en espacios de actuación concretos que se asocian con productos y/o actividades concretas limitadas, por ejemplo, a “las artes, las industrias culturales y los sectores de la comunicación” (Bennett, 2007: 32), donde se incluyen, por ejemplo, el estudio de los patrones de consumo “cultural” entre grupos sociales concretos como en Bourdieu (1993), o el proyecto británico más reciente de “Capital cultural y exclusión social” (“Cultural Capital and Social Exclusion”, véase Bennett y Silva, 2006). Una tercera versión tiende a integrar “cultura” y vida social, sin hacer ninguna distinción significativa entre ambas. Ello podría parecer similar a la definición de “modo de vida” de Williams, en que la cultura es decididamente “corriente” –aunque resulte completamente opaco en qué consiste: llevado al extremo, la “cultura” simplemente se hace tan incluyente que no hay manera de determinar qué hace que una cosa sea específicamente cultural (cfr. los comentarios que se incluyen en Bennett, 2007: 32).

En el caso de la economía, la mayor parte del trabajo en el área de la política cultural tiene que ver con el tema concreto de la economía del arte (como en los casos de O’Hagan, 1998 y Frey, 2003). Aunque hay cada vez más

libros publicados que incluyen las palabras “cultura” y “economía” en el título, suelen tratar en gran medida de las artes como tema de investigación (cf. Heilbrun y Gray, 1993; Towse, 1997a, 1997b, 2003; Cowen, 1998). De hecho, Towse (1997a: xiii) habla del “campo de la economía cultural, conocida anteriormente como economía de las artes”, lo que indica que las dos denominaciones son en efecto sinónimas, aunque a continuación argumenta que la cultura “tiene que ver con normas de comportamiento y valores compartidos” (1997a: xv) y que se trata de áreas que superan el ámbito de la economía. En cambio, se consideran susceptibles de análisis económico los *productos* culturales, productos caracterizados por contener “un elemento creativo o artístico” (Towse, 2003: 2). Throsby (2001: 3-4) repite esta distinción cuando identifica dos usos de “cultura”: las creencias, los valores y las prácticas compartidas por grupos sociales (como en la versión antropológica de Williams) y, en segundo lugar, como conjunto de actividades y productos de estas actividades que tienen que ver con “los aspectos intelectuales, morales y artísticos de la vida humana” (Throsby, 2001: 4). Throsby se diferencia de Towse en que las dos versiones de la “cultura” se consideran analizables –y, de hecho, lo son– con las herramientas del análisis económico.

Resulta claro que hay algunos puntos comunes entre disciplinas en cuanto a cómo tienden a definir en general el concepto central de “cultura”. En todas hay una visión de la “cultura” como una forma de pegamento social que ofrece un marco común para entender cómo se organizan e interactúan los miembros de la sociedad. Con todo, existen otras versiones de la “cultura”, y sería un error ignorar estas variantes puesto que se orientan hacia ideas bastante diferentes de lo que es una “cultura” y que hace, y cómo puede ser usada y ser vivida en términos humanos. El intento de ofrecer una versión omnicompreensiva de la “cultura” en *International Journal of Cultural Policy*, la principal revista del mundo que trata sobre política cultural (Deakin University, 2008) y en el principal congreso internacional del área (*International Conference on Cultural Policy Research*) son buenos ejemplos, que destacan la cultura como “comunicación simbólica” que “integra un abanico amplio de prácticas significativas” y muestran un

interés mucho menor en las versiones “antropológicas” de la cultura derivadas de Williams (1961), lo cual apunta a una concepción ligeramente plural de lo que se puede considerar la “cultura”.

Puede parecer que el análisis de la política cultural es relativamente problemático en este punto: si cada disciplina hablara del mismo objeto de estudio (cosa que no se da), sería concebible que se pudiera desarrollar una estrategia común para analizar las políticas que se asocian con este objeto. En la práctica, no es ese el caso, en primer lugar por la existencia de diferencias significativas dentro de las disciplinas –y todavía más entre disciplinas– respecto a lo que es, en realidad, su objeto de estudio. Este problema de definición puede entenderse como generador de diferencias en las bases ontológicas subyacentes (o, alternativamente, es generado por estas diferencias), que les sirven de base y también, en consecuencia, generan diferencias metodológicas respecto a cómo llevar a cabo el análisis entre las diversas disciplinas. Estas diferencias se pueden distinguir más fácilmente cuando se investigan los enfoques de la “política cultural” (y no sólo respecto a la “cultura”) adoptados en las diversas disciplinas.

¿QUÉ ES LA “POLÍTICA CULTURAL”?

La enorme variedad de formas de política cultural existente (Gray, 2009) indica que muy probablemente hay muchas formas de analizar un determinado fenómeno. Como en el caso de la definición de la “cultura”, los enfoques que han tendido a adoptar diferentes disciplinas se centran en un abanico de prácticas políticas e incluso allá donde existen parecidos subyacentes en lo que se identifica como digno de estudio en ese campo, las formas implícitas como se estudian, se analizan y se entienden esos objetos muestran diferencias claras entre disciplinas, así como dentro de cada disciplina.

En el caso de los estudios culturales, normalmente se diferencian los enfoques que derivan de lecturas concretas de Gramsci y los que derivan de Foucault. Lo que se investiga y cómo se analiza se ve claramente

afectado por las elecciones hechas en este sentido. Sin embargo, cabe notar que existe una tercera aproximación dentro de los estudios culturales que deriva de enfoques centrados en técnicas de los estudios literarios (o incluso psicoanalíticos), relacionados con la ‘lectura’ de los textos que están al alcance del investigador (ver McGuigan y Gilmore, 2002). En la práctica, esta tendencia ha favorecido prácticas críticas desarrolladas a partir de los estudios literarios, en concreto en el ámbito del análisis de la “cultura” como una experiencia grabada (nuevamente generando “textos” para el análisis), donde la distinción Gramsci/Foucault se desarrolla como reacción expresamente politizada contra ello (Bennett, 1996, 1998).

Esta división entre tendencias gramscianas y foucaultianas de la investigación en política cultural en el seno de los estudios culturales se puede equiparar a la que se establece entre el foco en la ideología y la hegemonía, por un lado, y la noción de gobernabilidad, por otro. Existen variantes de estos puntos de partida básicos (por ejemplo, el enfoque influido por Habermas de McGuigan 1996, 2004), pero, con todo, tienden a ocuparse de las mismas distinciones focales. Como mucho, se puede discutir que la variante gramsciana adoptó una agenda “populista” donde las formas de la creación cultural de arriba abajo se identifican con una forma radical de resistencia a las fuerzas hegemónicas dominantes dentro de la sociedad (Hall y Jefferson, 1976; McGuigan, 1992), mientras que la tendencia foucaultiana puede confundir consecuencias con causas por las que la creación de individuos dóciles y controlados⁹ se convierte en la razón de las políticas culturales más que un resultado de estas, lo cual, además de ser teleológico, como nota Bennett (2004: 238), es “una formulación un poco paranoide”.

9. Como en Lewis y Miller (2003: 1), “la política cultural [...] es un espacio para la producción de ciudadanos culturales en el que las industrias culturales no sólo ofrecen un conjunto de representaciones de uno mismo y de los otros, sino también una serie de fundamentos lógicos para tipos de conducta concretos”, o en Scullion y Garcia (2005: 125), que ven la investigación en política cultural como relacionada con “la actividad de “hacer políticas” (en términos de Foucault) por parte del Estado y combina una implicación en la representación y en la formulación”.

Aunque estos extremos están exagerados, identifican áreas dominantes para el análisis dentro de dos de las ramas más comunes del enfoque de los estudios culturales. La rama gramsciana se concentra en los significados que se asocian con formas concretas de comportamiento y expresión por parte de los participantes, y la rama foucaultiana se centra en la atribución de significado a comportamientos y expresiones adoptadas por otros. Con todo, en los dos casos la destreza del analista para identificar los “auténticos” significados que se relacionan con estos asuntos depende de su habilidad para “leer” para qué políticas y prácticas asociadas existen realmente. Ello reconecta estos enfoques dominantes de los estudios culturales de las políticas con formas de crítica literaria donde el crítico formado y habilidoso es capaz de identificar profundidades ocultas a la política que las lecturas superficiales de otros pueden no ser capaces de comprender.¹⁰ En este nivel, la “política cultural” se convierte en una serie de “textos” sujetos a interpretaciones del analista concreto más que en un conjunto de prácticas organizativas concretas que hay que analizar, incluso si estas eran el objetivo del giro político de los estudios culturales (Bennett, 1996: 307-308).

Este enfoque es marcadamente diferente del que adopta la ciencia política. A pesar de que no se deja de reconocer el contenido y la significación de los “textos”, en la ciencia política el enfoque general del análisis de la política cultural tiende a adoptar formas bastante diferentes (Gray, 2009). En primer lugar, la política cultural se puede ver simplemente como el abanico de actividades que emprenden –o no– los gobiernos en el campo de la “cultura”. El abanico de actividades que los gobiernos consideran dignas de apoyo también se puede entender como una imagen de los valores e ideologías subyacentes

que apoyan los gobiernos, y son ciertamente producto de elecciones políticas entre un abanico de formas y niveles de apoyo potenciales que estos pueden ofrecer. En ese tipo de análisis, la política cultural es simplemente cualquier cosa que el gobierno dice que es, lo que lleva a una gran variedad de actuaciones, organizaciones y elecciones específicas de cada país como foco de estudio (Gray, 1996: 214-215).

Sin embargo, es posible observar una línea de análisis más complejo si se cambia el foco de lo que el gobierno etiqueta como “política cultural” a un enfoque en el que la política cultural se define como “las acciones que un Estado [...] emprende que afectan la vida cultural del suyos ciudadanos” (Mulcahy, 2006: 267).¹¹ Esta versión ampliada desplaza la atención hacia una serie de actividades, como las políticas de los medios de comunicación y de la educación, que normalmente pueden no ser consideradas por los mismos gobiernos como parte de sus propias políticas culturales (véase, por ejemplo, el informe del Parlamento Europeo (2006) sobre la financiación y el gasto de los estados en el sector cultural de los estados miembros de la Unión Europea, donde se equiparaban de facto las “artes” y la “cultura”, y la política cultural con la política de las artes, más que con nociones más amplias de cultura pública o incluso con cualquier otra forma de política cultural).

Si bien el foco general en cada caso tiende a situarse en las actuaciones y las elecciones de los gobiernos y las instituciones del sector público, ello no implica que estas constituyan los límites absolutos de las investigaciones de la ciencia política en cuanto a la “política cultural”, incluso cuando la mayor parte del trabajo que se lleva a cabo dentro de la disciplina tienda a mantenerse dentro de esos límites. En ese sentido, algunas de las conclusiones procedentes de la

10. McGuigan (2004: 90) ve la Cúpula del Milenio británica como “una decepción a pesar de los incansables esfuerzos de los visitantes para hacerla mejor de lo que realmente es”. En este caso, el analista, evidentemente, sabe mejor que los visitantes de qué iba “realmente” la Cúpula. Como ejemplo de la perspectiva “elitista” que los estudios culturales tienen tanta voluntad de atacar, este resulta difícil de superar.

11. Se podría argumentar que todas las políticas gubernamentales tienen un efecto cultural en un sentido u otro. Eso convertiría, de hecho, todas las políticas públicas en culturales. En este punto, también se aplica la objeción que se hace a alguna investigación sociológica por el hecho de ser tan incluyente que se pierde lo que resulta específicamente “cultural” de estas políticas.

tradición de los estudios culturales, que generalmente tiene una concepción mucho más amplia del campo, podrían abrir nuevos ámbitos de investigación para los investigadores en ciencia política. Ciertamente, el hecho de concentrarse en el componente cultural de las políticas gubernamentales que normalmente no se consideran “culturales” ampliaría la perspectiva política hacia el análisis de las políticas.

Los enfoques sociológicos de la política cultural tienden a estar relativamente poco desarrollados; gran parte del trabajo de la sociología cultural tiende o bien al análisis semiológico de la formación y el uso del significado individual y grupal (Alexander, 2006), o bien al desarrollo de trabajo dentro del marco de la sociología de las artes (Alexander, 2003), de forma que no se presta demasiada atención a aspectos relacionados con políticas en un sentido amplio. Los casos en los que surge la “política” parecen estar relacionados en gran medida con el uso del término en la bibliografía de los estudios culturales (donde la “política cultural” tiene que ver, a grandes rasgos, con la “cultura pública” de Mulcahy) (por ejemplo, Jones, 2007), con referencias esporádicas en las que la política cultural se identifica con las políticas gubernamentales sobre las artes (Alexander y Rueschmeyer, 2005). En cualquiera de los dos casos, los análisis llevados a cabo no se alejan particularmente de los intereses tradicionales de los estudios culturales o de la sociología en general. Esto implica un subdesarrollo de la bibliografía sociológica en cuanto al análisis de la política cultural, pero decir eso sería injusto en la medida que gran parte del trabajo dentro de la sociología que trata de aspectos “culturales” –por ejemplo, el análisis de audiencias y de hábitos de ocio, y el creciente interés en los conceptos de capital cultural que siguen a Bourdieu (1993)– tiene un gran número de implicaciones políticas, incluso cuando este no es el principal punto de discusión o análisis. Sin embargo, en la bibliografía sociológica estándar, la focalización directa en problemas de política cultural explícitos per se resulta limitada.

La bibliografía económica parece estar mucho más desarrollada en este sentido, aunque, en sintonía con la cuestión de cómo se define la “cultura” dentro de la disciplina, mucho tiene que ver con las “artes” y no con una concepción más amplia de la “cultura”. El enfoque general adoptado implica el análisis de la aplicación de herramientas económicas concretas –usadas como parte de una política económica gubernamental general, por ejemplo, las políticas fiscales– a aspectos concretos variados de la producción cultural (véase, por ejemplo, Towse, 1997a, 1997b, 2003; O’Hagan, 1998; Frey, 2003). En ese sentido, el foco se sitúa en políticas económicas concretas que crean y usan los gobiernos para objetivos culturales o dentro del ámbito cultural, más que el contenido de estas políticas propiamente.

Sin embargo, hay un segundo tema que deriva de las cuestiones normativas de si es adecuada la implicación del Estado en la creación y la gestión de las políticas económicas para las artes y los asuntos culturales, y, en general, implica la consideración del estatus público o del carácter innegablemente provechoso de las artes y la cultura, o la preocupación más amplia sobre las cuestiones del valor cultural por sí mismo (Cowen, 1998; Throsby, 2001). Este tema tiene una naturaleza diferente a los habituales en otros enfoques del análisis de la política cultural, puesto que explícitamente suscita el interés sobre los sistemas de valor subyacentes que se pueden usar para justificar o no una actuación estatal en este ámbito. Aunque dichos intereses normativos también se pueden encontrar en la filosofía política y en la ciencia política, la atención que recibe en el marco de la economía es notable, especialmente por el carácter ampliamente insidioso de los argumentos que puede generar.

En cuanto al tema de cómo se define la “cultura” entre disciplinas, hay algunos parecidos según cómo se entienda una misma política cultural. Así, desde una perspectiva general, uno de los elementos esenciales para esta comprensión tiene que ver con lo que hacen los gobiernos en cuanto a las políticas que llevan a cabo, aunque no hay un acuerdo general respecto a si

simplemente incorporar lo que los mismos gobiernos definen como “políticas culturales” o ir más allá, hacia el contenido cultural de cualquier política pública, explícitamente cultural o no (Mulcahy, 2006; Ahearne, 2008).

Existe también una segunda visión de la política cultural que tiene que ver con el papel en el ámbito de la cultura del sector privado, las organizaciones religiosas y de voluntariado (así como los individuos y los grupos de la sociedad civil en general). Los intereses que se están desarrollando en este ámbito, en concreto en la antropología y en la sociología, pueden no ser especialmente nuevos, porque han sido un pilar de los historiadores de la cultura desde hace tiempo (véase, por ejemplo, Brewer, 1997; Bashford y Langley, 2000; Blanning, 2002; Black, 2005; Burke, 2008), pero contribuyen a ampliar el ámbito del análisis de la política cultural más allá de los confines relativamente estrechos de la acción o la inacción del Estado. Sin embargo, en ambos casos, no puede sorprender que la forma como se hace el análisis de estos aspectos esté potencialmente abierta a una variedad de metodologías desarrolladas para enfoques disciplinares y analíticos específicos que han adoptado los investigadores del área.

METODOLOGÍAS DE ANÁLISIS

La distinción entre metodologías positivista, interpretativa y realista que hemos mencionado antes es el punto de partida de la discusión que presentamos ahora, pero también es posible ofrecer visiones alternativas. Los puntos generales sobre las posiciones definidoras en disciplinas diversas que hemos comentado pueden perjudicar a algunos ejemplos dentro de cada disciplina, pero una discusión general sobre la metodología probablemente sería mucho más perjudicial. Resulta cuestionable la afirmación general según la cual la bibliografía económica deriva de una postura positivista, la de los estudios culturales de una postura interpretativa y la de la sociología y la ciencia política de una posición realista; también sería bastante ilustrativo en este sentido ver cómo

cada una de estas disciplinas se enfrentan a esta afirmación. A pesar de todo, puede resultar útil como muestra de semejanzas y diferencias más amplias entre disciplinas, más que como afirmación definitiva de tendencias metodológicas disciplinares.

En el caso de los estudios culturales y de la economía, parece haber preferencias claras aplicables a todos los análisis dentro de estas disciplinas. En los estudios culturales, esta preferencia parece corresponder a un conjunto de enfoques interpretativos y cualitativos diferenciables (véase, por ejemplo, Alasuutari, 1995; Murdock, 1997) que a menudo se alía con un conjunto concreto de preferencias políticas (para una explicación y ejemplificación de este aspecto, véase Stevenson, 2004). En el caso de la economía, por el contrario, la característica central es una mentalidad cualitativa y distintivamente positivista que se relaciona de forma clara con intereses empíricos (véase Frey, 2003: 6-8). La razón para ver la sociología y la ciencia política como disciplinas que ocupan un marco más realista reside en la gran multiplicidad de enfoques que incluyen: las dos cubren el espectro de enfoques potenciales desde el positivista al interpretativo, al constructivista social, al normativo, con una elección metodológica determinada por las cuestiones que el analista quiere tratar, lo que es también un rasgo central del realismo metodológico (véase Sayer, 2000: 19). Esta ortodoxia en el enfoque permite el desarrollo potencial de un amplio abanico de explicaciones de políticas culturales concretas en la bibliografía de la sociología y la ciencia política en que la elección es consecuencia de hasta qué punto responden bien a las preguntas que ha planteado el analista. Es cierto que puede parecer que la sociología y la ciencia política usan un abanico mucho más grande de estrategias metodológicas que los estudios culturales y la economía.

Está claro que estas diferencias en el nivel metodológico dan lugar a concepciones bastante diferenciadas de para qué existen las políticas culturales, cómo y por qué se crean, vehiculan y evalúan, y qué se puede deducir del análisis de políticas concretas (Rose, 1993). Según esto, más que un resumen de tendencias generales dentro de las disciplinas, hace falta una

conciencia de las metodologías concretas empleadas en el estudio de las políticas culturales como base para entender los aspectos concretos que han mostrado los diferentes analistas empleando varias herramientas.

Si aceptamos que cada metodología produce resultados que no se pueden descubrir usando los otros enfoques, podemos obtener todavía más beneficios. En el peor de los casos, podemos desarrollar una concepción más amplia de los intereses de la política cultural simplemente examinando los resultados de las investigaciones realizadas con el uso de los métodos otras disciplinas (o incluso diferentes metodologías en una misma disciplina). La incapacidad de reconocer que las debilidades percibidas en una disciplina a menudo tienen que ver con las metodologías usadas, y no tanto con las mismas disciplinas, también puede servir para limitar críticas injustas desde otras disciplinas, cosa que a menudo se constata en el área de las políticas culturales.¹² Si admitimos que ninguna disciplina tiene el monopolio del conocimiento en el campo del análisis de las políticas culturales y si admitimos también que hay diferencias metodológicas entre éstas y dentro de cada una según lo que estudian y cómo lo hacen, al menos potencialmente, podremos conseguir una comprensión mayor de la totalidad del área de análisis de la política cultural.

Que esto es un problema real en el mundo del análisis de la política cultural se puede demostrar con un análisis bibliométrico de los artículos publicados en la revista *International Journal of Cultural Policy*, pertenecientes a escuelas diferentes y que tratan temas relacionados con las industrias creativas,

12. La queja habitual desde los estudios culturales, por ejemplo, de que disciplinas como la economía ignoran cuestiones de valor no es cierta si nos aproximamos desde el ángulo de esta disciplina, en la que las cuestiones de valor son, de hecho, centrales para lo que hace la disciplina, especialmente en las variantes marxistas. Aun así, lo que se entiende por "valor" en cada disciplina continúa siendo un aspecto que suscita bastante debate y es un problema tanto metodológico como de definición. Nuevamente, la queja habitual sobre "el elitismo" procedente de la bibliografía de los estudios culturales no ayuda en el contexto de la ciencia política, donde el elitismo y el neELITISMO son enfoques analíticos, y no un conjunto de acusaciones.

la planificación cultural, las ciudades culturales, la democracia, la esfera pública y la cultural y la política cultural "tradicional" en sus variantes británica y francesa (Frenander, 2008). Es muy probable que la fuerza de las fronteras disciplinares en la investigación académica tenga impacto en la creación y el refuerzo de estas tendencias, dado que los economistas culturales que escriben para otros economistas culturales en *Journal of Cultural Economics*, o los sociólogos culturales que escriben en *Cultural Sociology* para otros sociólogos culturales, por ejemplo, no están especialmente preocupados por cómo enfocan aspectos parecidos otras disciplinas, en la medida que no constituyen su audiencia principal (véase la discusión sobre el tribalismo académico incluida en Becher y Trowler, 2001).

En ese sentido, se pone en juego una *purdah* académica autogeneradora que puede condicionar el intento de pensar, y de analizar, con mayor amplitud de miras. Un esfuerzo consciente para superar los límites de las disciplinas individuales podría resultar potencialmente beneficioso para una comprensión de la política cultural más amplia que la que ofrece cada disciplina por separado.

COMENTARIOS FINALES

Este artículo es sólo una revisión preliminar de un tema que debería ser de notable interés para todos los que cultivan los campos del análisis de la política cultural. La gran variedad del trabajo que puede contribuir a una comprensión de los temas de la política cultural genera toda una serie de preguntas sobre cuáles son las metodologías adecuadas para un tema de investigación que puede parecer común, al menos a primera vista. Las diferencias entre disciplinas según cómo entienden lo que investigan, y también según las metodologías preferidas, comportan importantes problemas ontológicos y epistemológicos en cuanto a la transposición de las conclusiones de una disciplina en el contexto de otra. Así, no puede ser que los analistas realicen elecciones entre una serie de metodologías y resultados de investigación

disponibles sin ser conscientes de estos problemas teóricos y de cómo pueden restringir los caminos de análisis potenciales que tienen delante.

De acuerdo con el título de este artículo, para analizar la política cultural existe claramente un abanico “incorregible” de enfoques que *pueden* efectivamente ser adoptados y, además, no hay ningún mecanismo para determinar si un enfoque es, en sentido absoluto, “mejor” o “peor” que otro. Las decisiones sobre qué conjunto de herramientas metodológicas se adoptarán quedan determinadas, si somos realistas, por el tema de estudio que se quiere investigar y el tipo de cuestiones que el analista quiere responder. El hecho que estas elecciones puedan servir también para cerrarse a otras formas de análisis indica que *existe* un elemento de incompatibilidad entre disciplinas y enfoques. Lo que resultaría una pérdida para el análisis de la política cultural sería permitir que estas considerables diferencias entre formas de análisis llevaran a ignorar sistemáticamente la investigación que se ha hecho usando herramientas diversas y procedente de diferentes trasfondos disciplinarios de los que es posible aprender, incluso cuando no pueden ser adoptados para un uso inmediato. La mejor comprensión de los aspectos teóricos, de definición y metodológicos subyacentes que ha puesto de manifiesto este artículo puede tener un uso mayor para el análisis de la política cultural que una demarcación continúa entre disciplinas y el consiguiente fracaso en la posibilidad de salirse de las fronteras disciplinares, actitud que parece arraigarse cada vez más.

Como mínimo, haría falta que los investigadores fueran mucho más sofisticados desde el punto de vista teórico y metodológico de lo que son ahora, si realmente tienen que usar el abanico de resultados producidos a partir de perspectivas disciplinares diferentes. Excepto si –o hasta que– la política cultural se convierte en una disciplina diferenciada, lo que exigiría un desarrollo teórico específico dirigido explícitamente al tema de estudio mucho mayor del que encontramos actualmente, los analistas no tienen más remedio que usar las herramientas

concretas procedentes de contextos disciplinarios concretos. Un tema completamente distinto es si resulta necesario acometer esta tarea disciplinar específica como “política cultural”. Las fortalezas de la actual pluralidad de disciplinas y metodologías empleadas en el análisis de la política cultural incluyen el desarrollo de formas de análisis que se basan en la naturaleza esencialmente controvertida del concepto nuclear implicado, el de “cultura”, lo que ofrece un potencial como mínimo para entender las múltiples formas y dinámicas políticas que se incluyen, en vez de encerrar el análisis en límites más restrictivos. Junto a eso, el desarrollo de ideas y modelos de políticas, como la política por adjunción –*policy attachment*– (Gray, 2002), la política cultural ritual (Royseng, 2008) y las políticas explícitas/implícitas (Ahearne, 2008), más allá de ser una simple transposición de ideas o modelos de disciplinas concretas e individuales al ámbito cultural, muestra un potencial para el análisis creativo que surge de haber abierto el campo. Queda como cuestión abierta hasta qué punto estos desarrollos habrían sido posibles en un paradigma de investigación kuhniano cualquiera (Kuhn, 1970), y podría ser de más ayuda una visión de la investigación en política cultural actual como parte de un programa de investigación al estilo de Lakatos (Lakatos, 1970), abierto a una variedad de enfoques analíticos teóricos y metodológicos, y no a un único paradigma.

En ese sentido hace falta un conocimiento mayor y más detallado de lo que ofrecen dichos contextos, las preguntas que pueden ayudar a responder, los tipos de explicaciones de lo que pasa dentro del ámbito en el que actúan y las explicaciones de por qué pasan estas cosas, y, lo que es igualmente importante, los ámbitos en los que estos contextos tienen limitaciones, si los hay. Sólo puede producirse esta evolución siendo conscientes de todo el abanico de posibilidades de análisis existentes, a menos que prefiramos mantenernos en nuestro cómodo refugio disciplinar e ignorar lo que nos dicen nuestros colegas investigadores.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Oliver Bennett y a Per Mangset sus comentarios sobre una versión anterior de este trabajo, a Geir Vestheim, Javier Stanzola, Lianne Gibson y Kevin Mulcahy sus preguntas y a los revisores anónimos las críticas y el apoyo; la responsabilidad del contenido final es, en todo caso, exclusivamente mía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahearne, J. (2008). Cultural policy explicit and implicit: a distinction and some uses. Comunicación presentada en *5th International Conference on Cultural Policy Research*, 20-24 de agosto, 2008, Estambul.
- Alasuutari, P. (1995). *Researching culture: qualitative method and cultural studies*. Londres: Sage.
- Alexander, J. (2006). *The meanings of life: a cultural sociology*. Nova York: Oxford University Press.
- Alexander, V. (2003). *Sociology of the arts*. Oxford: Blackwell.
- Alexander, V. , y Rueschmeyer, M. (2005). *Art and the state: the visual arts in comparative perspective*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Alford, R., y Friedland, R. (1985). *Powers of theory: capitalism, the state and democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Almond, G., y Verba, S. (1963). *The civic culture*. Princeton: Princeton University Press.
- Baetens, J. (2005). Cultural studies after the cultural studies paradigm. *Cultural studies*, 19, 1-13.
- Bashford, C., y Langley, L (Eds.) (2000). *Music and British culture, 1785-1914: essays in honour of Cyril Ehrlich*. Oxford: Oxford University Press.
- Becher, T., y Trowler, P. (2001). *Academic tribes and territories*. 2a ed., Buckingham: The Society for Research into Higher Education/Open University Press.
- Bennett, O. (2004). Review essay: the torn halves of cultural policy research. *International journal of cultural policy*, 10, 237-248.
- Bennett, T. (1996). Putting policy into cultural studies. En J. Storey (Ed.), *What is cultural studies? A reader*. Londres: Arnold, 307-321.
- Bennett, T. (1998) *Culture: a reformer's science*. Londres: Sage.
- Bennett, T. (2007). The work of culture. *Cultural sociology*, 1, 31-47.
- Bennett, T., y Silva, E. (Eds.) (2006). Culture, taste and social divisions in contemporary Britain. *Cultural trends*, 15 (2/3), 87-244.
- Black, J. (2005). *Culture in eighteenth-century England*. Londres: Hambledon Continuum.
- Blanning, T. (2002). *The culture of power and the power of culture: old regime Europe, 1660-1789*. Oxford: Oxford University Press.
- Bloomfield, J., y Bianchini, F. (2004). *Planning for the intercultural city*. Stroud: Comedia.
- Bourdieu, P. (1993). *Distinction: a social critique of the judgement of taste*. Londres: Routledge.
- Brewer, J. (1997). *The pleasures of the imagination*. Londres: Fontana.
- Burke, P. (2008). *What is cultural history?* 2a ed., Cambridge: Polity.
- Burrell, G., y Morgan, G. (1979). *Sociological paradigms and organisational analysis*. Londres: Heinemann.
- Cowen, T. (1998). *In praise of commercial culture*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Craik, J. (2005). Dilemmas in policy support for the arts and cultural sector. *Australian journal of public administration*, 64 (4), 6-19.
- Craik, J. (2007). *Re-visioning arts and cultural policy: current impasses and future directions*. Canberra: ANU E-Press.
- Crothers, L., y Lockhart, C. (2000). *Culture and politics: a reader*. Nueva York: St. Martin's Press.

- Deakin University (2008). *Arts management journal ratings*. (en línea). <http://www.deakin.edu.au/buslaw/clmr/arts/arts-journals.php> [Consulta el 13 de noviembre de 2016].
- Dunleavy, P., y O'Leary, B. (1987). *Theories of the state*. Basingstoke: Macmillan.
- Evans, B. (2001). *Cultural planning: an urban renaissance?* Londres: Routledge.
- Frenander, A. (2008). What are they doing, the cultural policy researchers? Or, the theoretical universe of cultural policy research. Comunicación presentada en *5th International Conference on Cultural Policy Research*, 20-24 de agosto, 2008, Estambul.
- Frey, B. (2003). *Arts and economics: analysis and cultural policy*. 2a ed., Berlín: Springer.
- Gallie, W. (1955-56). Essentially contested concepts. *Proceedings of the Aristotelian society*, 56, 167-198.
- Gray, C. (1996). Comparing cultural policy: a reformulation. *European journal of cultural policy*, 2, 213-222.
- Gray, C. (2002). Politics and culture: reformulating the problem. Comunicación presentada en *52nd Annual Conference of the Political Studies Association*, 5-7 de abril, 2002, Aberdeen (Reino Unido).
- Gray, C. (2003). The Millennium Dome: 'falling from grace'. *Parliamentary affairs*, 56 (3), 441-455.
- Gray, C. (2009). Managing cultural policy: pitfalls and prospects. *Public administration*, 87 (3), 574-585.
- Gray, C., y Hugoson, R. (2004). Culture. En H. Compston (Ed.), *Handbook of public policy in Europe*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 365-372.
- Hall, S., y Jefferson, T. (Eds.) (1976). *Resistance through rituals: youth subcultures in postwar Britain*. Londres: Harper Collins.
- Hay, C. (2002). *Political analysis: a critical introduction*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Heilbrun, J., y Gray, C. (1993). *The economics of art and culture: an American perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hesmondhalgh, D. (2002). *The cultural industries*. Londres: Sage.
- Huntington, S. (1996). *The clash of civilizations and the remaking of world order*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Jones, P. (2007). Beyond the semantic 'big bang': cultural sociology and an aesthetic public sphere. *Cultural sociology*, 1, 73-95.
- Knill, C. (1998). European policies: the impact of national administrative traditions. *Journal of public policy*, 18, 1-28.
- Kuhn, T. (1970). *The structure of scientific revolutions*. 2a ed., Chicago: University of Chicago Press.
- Lakatos, I. (1970). The methodology of scientific research programmes. En I. Lakatos, i A. Musgrave (Eds.), *Criticism and the growth of knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press, 91-196.
- Lane, J.-E., y Ersson, S. (2002). *Culture and politics: a comparative approach*. Aldershot: Ashgate.
- Lewis, J., y Miller, T. (2003). Introduction. En J. Lewis, y T. Miller (Eds.), *Critical cultural studies: a reader*. Oxford: Blackwell, 1-9.
- MacNeice, L. (1964). *Selected poems of Louis MacNeice*. Londres: Faber & Faber.
- McGuigan, J. (1992). *Cultural populism*. Londres: Routledge.
- McGuigan, J. (1996). *Culture and the public sphere*. Londres: Routledge.
- McGuigan, J. (2004). *Rethinking cultural policy*. Maidenhead: Open University Press.
- McGuigan, J. (2006). Richard Hoggart: public intellectual. *International journal of cultural policy*, 12, 199-208.
- McGuigan, J., y Gilmore, A. (2002). The Millennium Dome: sponsoring, meaning and visiting. *International journal of cultural policy*, 8, 1-20.
- Milner, A., y Browitt, J. (2002). *Contemporary cultural theory*. 3a ed., Londres: Routledge.
- Moses, J., y Knutsen, T. (2007). *Ways of knowing: competing methodologies in social and political research*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Mulcahy, K. (2006). Cultural policy. En B. Peters, i J. Pierre (Eds.), *Handbook of public policy*. Londres: Sage, 265-279.
- Murdock, G. (1997). Thin descriptions: questions of method in cultural analysis. En J. McGuigan (Ed.), *Cultural methodologies*. Londres: Sage, 178-192.
- O'Hagan, J. (1998). *The state and the arts: an analysis of key economic policy issues in Europe and the United States*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Parlamento Europeo (2006). *Financing the arts and culture in the European Union*. Bruselas: Unión Europea.

- Rose, R. (1993). *Lesson drawing in public policy: a guide to learning across space and time*. Chatham: Chatham House.
- Royseng, S. (2008). The ritual logic of cultural policy. Comunicación presentada en *5th International Conference on Cultural Policy Research*, 20-24 de agosto, 2008, Estambul.
- Sabatier, P. (Ed.) (2007). *Theories of the policy process*. Boulder, CO: Westview Press.
- Sayer, A. (2000). *Realism and social science*. Londres: Sage.
- Scullion, A., y Garcia, B. (2005). What is cultural policy research? *International journal of cultural policy*, 11, 113-127.
- Singh, R. (2003). *Contemporary American politics and society*. Londres: Sage.
- Stevenson, D. (2004). "Civic gold" rush: cultural planning and the politics of the third way. *International journal of cultural policy*, 10, 119-131.
- Storey, J. (1998). *An introduction to cultural theory and popular culture*. 2a ed., Athens: University of Georgia Press.
- Throsby, D. (2001). *Economics and culture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Towse, R. (Ed.) (1997a). *Cultural economics: the arts, the heritage and the media industries*. Vol. 1. Cheltenham: Edward Elgar.
- Towse, R. (Ed.) (1997b). *Cultural economics: the arts, the heritage and the media industries*. Vol. 2. Cheltenham: Edward Elgar.
- Towse, R. (Ed.) (2003). *A handbook of cultural economics*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Williams, R. (1961). *The long revolution*. Londres: Chatto & Windus.
- Williams, R. (1981). *Culture*. Glasgow: Fontana.
- Wright, S. (1998). The politicization of culture. *Anthropology today*, 14 (1), 7-15.

NOTA BIOGRÁFICA

Clive Gray es profesor de Estudios sobre Políticas Culturales y director del Master de Política y Gestión Cultural Internacional. Su investigación se ha centrado en el análisis de las políticas museísticas y de exposiciones, la ontología, epistemología y metodología de la investigación en políticas culturales, y en la organización y gestión de la política cultural por el Estado. Ha publicado ampliamente sobre estos temas en libros y revistas académicas como *The International Journal of Cultural Policy*, *Museum Management and Curatorship*, *Cultural Trends*, *Public Administration* y *Public Policy Administration*. Su último libro, *The Politics of Museums*, has sido publicado en 2015 por Palgrave Macmillan.

